

## XV DOMINGO ORDINARIO "B"

22/23 de Septiembre del 2018

Las lecturas de este fin de semana: la carta de Santiago y la escena del Evangelio de San Marcos no podrían ser más oportunas. En las recientes semanas con las revelaciones de los crímenes de abusos sexuales a niños, y vulnerables adultos hechos por sacerdotes y obispos, y de la duplicidad de la vida de un ex cardenal, y del subsecuentemente mal manejo de estas acusaciones por parte de los obispos, y que nos han dejado a todos nosotros conmocionados, tristes, descorazonados y furiosos. En su esencia, este crimen de abuso sexual perpetrado por cualquier persona, como todos los abusos, es un acto atroz de poder y autoridad.

En la segunda lectura de hoy de la carta de Santiago nos expone las raíces de todos los abusos. *"Y donde hay envidia y ambición habrá también inestabilidad y muchas cosas malas"* (Santiago 3:16). En el Evangelio de hoy encontramos a los discípulos discutiendo entre ellos sobre quién de ellos es el más grande— una lucha de poder; una carrera arribista (en términos eclesiásticos, clericalismo), un flagelo que el Papa Francisco ha criticado desde el comienzo de su papado.

En el Reino de Dios que Jesús ha establecido, el poder no se encuentra en la dominación, sino que en el servicio. Los últimos son los primeros. Los supuestos primeros (o aquellos de nosotros que nos mantenemos erguidos para la adulación de ser los "primeros" en el mundo, y en la Iglesia) somos llamados a ser los últimos. La imagen de Jesús abrazando a un niño es reveladora. En el primer siglo, los niños no tenían derechos bajo la ley. Bíblicamente, los escritores utilizaron a los niños como representación simbólica de todas las personas privadas de derechos en la sociedad: los huérfanos, las viudas, los discapacitados, los pobres. Son estos "pequeños"— los sin voz, sin poder, los sin cuidar y los abandonados quienes deben ser el foco de nuestra preocupación, de nuestro uso del poder en el modelo de Jesús.

Pasando unas vacaciones con amigos en el Lago Okobogi a principios de Agosto, uno de ellos compartió conmigo el elogio que su hermano pronunció en el funeral de su padre. Su difunto padre era un Ministro Metodista. Este elogio fue escrito en base de los recuerdos de su infancia, y lo tituló: **Yendo Último**.

*¡Cómo odiaba de ir el último! Parado al final de una línea en donde habíamos llegado a un extraño sótano en una Iglesia lleno de gente que no conocía. "Oh, Rev. Sieck", ellos dirían, "ya*

*están aquí. Ahora podemos comenzar. Usted vaya al frente de la línea, usted, ustedes y su familia. ¡Vaya ya ahora! Vaya adelante para que podamos comenzar".*

*Yo iría hacia adelante, espiando la tarta dulce, solo para que tú, mi papá, me detuvieras. "No", tú les dirías a ellos, "Ustedes vayan delante. Nosotros, y mi familia nos quedaremos aquí". Y tú nos llevarías hasta el final de la fila, y contigo estaríamos yendo los últimos, y finalmente cuando llegaríamos a la mesa con la comida que quedaba y con viandas y platos ya vacíos. Solo un poco de gelatina, o aquí o allá una cacerola, pero el mejor pastel y tarta ya habían desaparecido hace tiempo.*

*Yo no lo entendía, como un niño que necesitaba avanzar en el mundo, viéndome a mí mismo a la cabeza. No quería estar parado al final de nada. ...*

*Esto de ser el último se había convertido en un terreno familiar para ti. Cuando tus compañeros, el que era buen orador en el púlpito, "el tiro caliente" con el convertible rojo, el bromista, el que tenía un Ph.D. que avanzó en el mundo adelante de ti, pero tú estabas contento de ir el último. Conduciendo solo por las carreteras sin fin, tú conocerías tu rebaño en los campos, en la granja, en la cocina. Después de tú breve e infeliz incursión en una Iglesia de la ciudad, tú te sentías cómodo en las pequeñas Iglesias, las Iglesias rurales, incluso si estas requerían de viajar de un lugar a otro los Domingos.*

*Y seguiríamos yendo a esos sótanos de Iglesias para cenas—y seguiríamos a las familias de la granjas— y nosotros yendo los últimos.*

*Tú creías en ir el último, no poniéndote delante de nadie, quedándote atrás, de estar de pie con los aislados, los extraños, los solitarios, los adictos. Fue un artículo de fe para ti; era lo que Dios quería de ti. Quedarse atrás y llegar el último era tu forma de servir a Dios, un "complejo de inferioridad" como lo dijiste una vez, en tu fuero interno tú compromiso con el Señor. ...*

*El Dios al que tú serviste pasa todo nuestro entendimiento, y es aún más grande del que tú conocías: dando la vuelta el orden, amando a los menos, al perdido, al último.*

*Tu don a Dios fue de ser el último—para el Dios que da sabiduría al insensato, una voz para el que no tiene voz, poder para el débil y hace que el último vaya primero."*

Padre Jim Secora